

antología de *tenzones* románicas medievales están llamadas a convertirse en referencias absolutas sobre uno de los subgéneros más interesantes de todos los que se cultivaron en la Edad Media occidental, y su pretensión de enmarcar estos diálogos en verso dentro de una tradición cronológica y espacialmente más amplia no deja de ser, pese a sus limitaciones documentales y bibliográficas, un empeño lleno de buena voluntad y de mérito que ha de verse como un paso precursor y valiente en el camino de abrir los estudios literarios más textualistas y filológicos a otros ámbitos, tradiciones y enfoques.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Jorge Luis Borges, *Arte poética. Seis conferencias*, traducción de Justo Navarro, prólogo de Pere Gimferrer, edición, notas y epílogo de Calin-Andrei Mihailescu, Barcelona, Crítica, 2000, 181 pp.

Reseñar un libro de nuestro casi contemporáneo Jorge Luis Borges en una *Revista de poética medieval* no es ningún capricho ni ninguna arbitrariedad. Borges fue, entre otras muchas cosas, un estudioso constante y un ensayista excepcional acerca de la literatura medieval: las antiguas epopeyas germánicas y las alegorías dantescas atrajeron a lo largo de toda su vida su amor y su atención, y tanto su obra de creación como su producción ensayística han dejado cumplido reflejo de aquellos gustos y de aquellas influencias, acaso más poderosas que cualquiera de las demás (y fueron muchísimas) que recibió. Las páginas de este libro son toda una profesión de fe al respecto, y confirman, en especial, su pasión casi obsesiva por la épica germánica medieval: «siempre que voy a una librería y encuentro un libro sobre una de mis aficiones –por ejemplo, la antigua poesía inglesa o escandinava–...» (p. 23), «puesto que mi afición es el inglés antiguo...» (p. 32), «volveré ahora –inevitabilmente, dirán ustedes– a los anglosajones, mis favoritos...» (p. 54), etcétera.

Esta *Arte poética* borgiana, la última, hasta hoy, de las obras aparecidas después de su muerte, es, ciertamente, la mejor confirmación de la admiración y del embeleso que sintió Borges en relación con la literatura medieval. Es cierto que, a lo largo de las intensas páginas de esta no muy extensa pero sustanciosísima obra, se suceden también las citas y los comentarios de Homero, de la Biblia, Platón, Virgilio, el Corán, Ariosto, Rabelais, Shakespeare, Donne, Milton, San Juan de la Cruz, Cervantes, Góngora, Calderón, Goethe, Heine, Hölderlin, Schopenhauer, Wordsworth, Coleridge, Byron, Yeats, los Browning,

Swinburne, Tennyson, Poe, Hawthorne, Rossetti, Baudelaire, Carlyle, Dickens, Dostoievski, Flaubert, Verlaine, Stevenson, Conrad, Whitman, Mark Twain, Wilde, Chesterton, Doyle, Henry James, Shaw, Keats, Kafka, Wells, Joyce, Rubén Darío, Lugones, Macedonio Fernández, Unamuno, Azorín, Buber... Pero también es cierto que los comentarios que Borges dedica al *Beowulf*, a la *Oda de Brunanburth* o al *Fragmento de Finnesburg* (del que él mismo fue traductor), a sus admiradísimos Snorri Sturluson (a quien dedicó un poema memorable) y Walter von der Vogelweide, a los *kenningar* o complejas metáforas características de la vieja poesía nórdica, a Chaucer, al *Cantar de los nibelungos* y a la *Saga de los volsungos*, a sus imprescindibles *Mil y una noches* o a diversos poetas árabes medievales, son, sin duda, de los más profundos, íntimos y afortunados de todo el libro. El que otro de los pilares de su ideario cultural, Dante Alighieri, apenas asome en las páginas de esta *Arte poética*, se explica, sin duda (tal y como justifica también Pere Gimferrer en su Prólogo), por la atención repetitiva y obsesiva que le prestó en otras obras, especialmente en los *Nueve ensayos dantescos*. Finalmente, el que tampoco asomen por estas páginas autores contemporáneos suyos vuelve a refrendar, si es que hacía falta algún refrendo, los gustos más bien conservadores y el escaso interés por las vanguardias del siglo XX (la gran excepción fue acaso Joyce) de los que hizo gala Borges en su etapa de madurez intelectual y vital.

Las páginas de esta *Arte poética* borgiana pueden considerarse como una suma coherente y compacta de la estética literaria que el autor argentino se empeñó en pulir y en perfeccionar, en su obra creativa y en su obra teórica (ensayos, entrevistas, etc.) hasta sus últimos días. Todas sus aficiones y todas sus obsesiones, su pasión y su ironía, su potente voluntad artística y su frágil sensibilidad humana, están aquí presentes: sus reflexiones sobre los sueños, sobre la fuerza de la palabra, sobre la inevitabilidad de la derrota, sobre las obras literarias que le acompañaron más fielmente a lo largo de su vida, nos muestran al Borges más confidencial e íntimo. Sus disquisiciones sobre las etimologías, sobre las técnicas de traducción, sobre el encadenamiento de citas y de citas en que al fin y al cabo se resuelve toda literatura, nos muestran al Borges más erudito e intelectual. Podría decirse que el libro aporta pocas novedades y pocas sorpresas acerca de lo que ya sabíamos sobre el ideario estético de Borges, pero también que refuerza ese conocimiento nuestro con argumentos e ilustraciones muy abundantes y escogidos, y que ofrece una base teórica formidable y una suma de instrumentos, de pistas y de claves imprescindibles para entender su universo literario.

El núcleo conceptual de esta *Arte poética* borgiana es, sin duda, el fenómeno de la intertextualidad, que Borges nunca cita por el nombre técnico que le

aplicamos los críticos, pero sobre el que hace profundas reflexiones en una gran cantidad de páginas. Su tesis, que intenta justificar con ardor y erudición, es la de que la literatura es un juego de reciclaje de unas pocas tramas y de unas cuantas metáforas que se repiten a lo largo de la historia y que comparten los creadores de toda época y lugar. No es ésta, desde luego, una teoría que pueda sonar a nueva ni a extraña a ningún crítico literario. Pero las argumentaciones en su favor de Borges resultan tan fascinantes, tan eruditas y tan poéticas al mismo tiempo, que se puede afirmar sin temor a dudas que en estas páginas se encierran algunos de los avales más brillantes y más intuitivos que tal teoría ha encontrado nunca. Algunas de las frases de Borges son tan claras y comprometidas como aquellas en que proclama su convencimiento de que «aunque existan cientos y desde luego miles de metáforas por descubrir, todas podrían remitirse a unos pocos modelos elementales» (p. 58); o de que «yo... diría que sólo existe una docena de metáforas y que todas las otras metáforas sólo son juegos arbitrarios». Memorable es también la declaración de que «hoy, por supuesto, la gente inventa tantas tramas que nos ciegan. Pero quizá flaquee tal ataque de ingenio y descubramos que todas esas tramas sólo son apariencias de un reducido número de tramas esenciales. Y esto, para mí, está fuera de discusión» (p. 79).

Esta *Arte poética* es el reflejo de seis conferencias acerca de la poesía que fueron pronunciadas por Borges en la Universidad de Harvard a lo largo del curso 1967-1968. Los títulos y temas de cada una de ellas son «El enigma de la poesía», «La metáfora», «El arte de contar historias», «La música de las palabras y la traducción», «Pensamiento y poesía» y «Credo de poeta». Asombra que el escritor ciego pudiera pronunciarlas de memoria, sin notas, desplegando ante sus oyentes de entonces y ante sus lectores de ahora todas las galas de su erudición, además de un estilo sonoro y fluido (en el magnífico inglés aprendido durante su infancia) que no desmerece del de sus mejores narraciones. A las palabras del prologuista nos remitimos en busca de una valoración breve y precisa del «carácter, en mi opinión absolutamente excepcional, del presente volumen, su valor singularísimo (único, en realidad) y la extraordinaria y poderosa intensidad con que nos precipita no sólo en el corazón del mundo de Borges, sino en el centro mismo de la literatura».

La traducción de Justo Navarro es exacta y hermosa, aunque acusa la presencia de un lunar que no es fácil determinar si habría de ser atribuido al propio Borges o a quien transcribiese las cintas magnetofónicas de las conferencias de Harvard. En la página 89, dice Borges: «recordemos la frase española *lanzada de modo izquierdo que atraviase el corazón*: la idea de algo siniestro». Es obvio que la frase española no puede ser otra que *«lanzada de moro iz-*

quierdo...», que cuenta con una larga historia literaria y casi paremial en nuestra literatura. ¿Lapsus del maestro? ¿Yerro del transcriptor? El descuido no empaña, en cualquier caso, ni la magnífica labor del traductor ni la minuciosa y devota tarea del editor, Calin-Andrei Mihailescu, que ha acompañado el texto de notas tan oportunas como eruditas, imprescindibles para acompañar la lectura de la que puede ya considerarse como una singularísima obra maestra de la teoría y de la crítica literaria modernas.

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Le devin maudit: Merlin, Lailoken, Suibhne. Textes et étude, sous la direction de Philippe Walter, Grenoble, Université Stendhal, 1999, 253 pp.

La prestigiosa y crucial colección *Moyen Âge Européen*, que dirige Philippe Walter para la editorial de la Universidad de Grenoble, viene a enriquecerse ahora con un nuevo título de gran interés para todos los especialistas y aficionados a la literatura medieval en general, y en particular a la artúrica, a la británica, e incluso a la irlandesa y a la latina que se cultivaron sobre temas y figuras novelescos y prodigiosos a lo largo de la Edad Media. Este libro pone, efectivamente, al alcance del lector —en francés— tres textos del siglo XII capitales para entender la génesis y el desarrollo de toda la gran literatura artúrica —o quizás habría que decir «merlinesca»— europea y occidental, tan viva hasta por lo menos el siglo XVI, por no decir hasta los mismos siglos XIX y XX en que sus personajes y temas han seguido inspirando grandes novelas de Mark Twain, Steinbeck y tantos otros: la *Vita Merlini* (en latín) de Geoffrey de Monmouth; la leyenda de Merlín-Lailoken inserta en la *Vita Kentigerni* (*Vida de San Kentigerno*), también en latín; y, finalmente, la *Buile Suibhne* (*La locura de Suibhne*) irlandesa. Los traductores, editores y comentaristas respectivos de los dos primeros textos (latinos) son Christine Bord y Jean-Charles Berthet, mientras que del último (el irlandés) se ha hecho cargo Nathalie Stalmans.

Antes de nada, hay que decir que, pese a que la figura de Merlín contaba ya con estudios que hoy se consideran clásicos, como el célebre de Paul Zumthor, *Merlin le prophète. Un thème de la littérature polémique, de l'historiographie et des romans* (Lausanne, Imprimeries Réunies, 1943), no cabe duda de que toda la erudición que ha visto la luz desde entonces, y que ha quedado densamente sintetizada en el volumen que ahora publica Walter, exigía ya un tipo de estudio crítico que propusiese una revisión sustancial y una caracterización